

Diego Sarabia



Historias de gentlemen

Le puedo asegurar al sufrido lector que a pesar de lo tediosa de mi escritura ha decidido incorporarse a este texto, que esta semana no tenía la más mínima intención de exponer mis ideas a la controversia y el rechazo público. Sin embargo, y sin ser ese el motivo pues hace ya mucho que aprendí a valorar que lo importante no es siempre lo que importa, me he sentido en la obligación de replicar el artículo de la semana pasada de mi compañero de columnas **Alberto Martín**, al cual de antemano expongo mi más sincero respeto y admiración, no en vano hace mucho tiempo que soy fiel seguidor de su blog.

La controvertida cuestión es la referente a la solicitud de la Asociación de Jockeys que tiene por objeto impedir que los jinetes no profesionales montemos en carreras que a nosotros no estén reservadas, con la excepción, eso sí, de los casos en los que el guardia lo haga sobre un caballo de su propiedad. Este último apéndice me deja en situación de plena legitimidad moral para hablar con libertad y de forma no interesada sobre este asunto.

PETICIÓN INJUSTA.- Partiendo de la base de que me parece un cachondeo el actual sistema normativo de Fomento, que regula a base de peticiones, ideas, sugerencias u ocurrencias de turno, adicionando anexos y anexos de difícil comprensión para el aficionado y el profesional, pero no menos para un jurista; la actual petición del colectivo de jinetes profesionales pone en sintonía la actualidad internacional con las pretensiones del colectivo, quienes quieren que en España, en tiempos de Cónclave Vaticano, seamos más papistas que el Papa, llevando a nuestro ludice una norma que, en contra de lo que se sostiene en su escrito, no se da en países turfísticamente más desarrollados. Así lo atestiguan la victoria de **Lemaire** en Grupo I en Francia siendo gentleman o la de **Samuel Waley-Cohen** en la Chentelham Gold Cup Chase, también en Grado I. Esta norma no existe en otros países.

“Quizá los que molestan a los profesionales no son los verdaderos gentlemen, los que aportamos caballos y/o afición, y por ahí deberán comenzar sus reivindicaciones para que sean serias”

Pero es que además la petición resulta injusta, desproporcionada, inadecuada y poco inteligente. Es injusta porque los amateurs, amén de ser los impulsores de este deporte, hemos sido siempre condescendientes con los profesionales y cuando ha habido que echar una mano, se la hemos echado. Ya no recuerdan cuando se les abrió las carreras de Sanlúcar, tradicionalmente de guardias, como consecuencia del cierre de La Zarzuela, por ejemplo. Es desproporcionada porque la prohibición no puede ser fruto de un interés particular, se ha de adoptar una solución

legal o normativa que, en aras del interés de la generalidad, cause el menor quebranto posible reparando la afrenta y, seguro, existen otros medios. Es además inadecuada porque es patente la falta de fustas existentes en nuestro país y hay mucho meetings como Sánlucar o Vilaseca que ni se podrían celebrar. Y es por último poco inteligente porque convertiría en una guerra entre

ambos colectivos la catalogación de las carreras, de la cual no creo que salieran bien parados pues no se puede olvidar el peso que los amateurs han tenido, tienen y tendrán en el turf patrio.

Quizá los que molestan a los profesionales no son los verdaderos gentlemen, los que aportamos caballos y/o afición, y por ahí deberán comenzar sus reivindicaciones para que sean serias. En este punto tendrán todo nuestro apoyo y, estoy seguro, el de la Aegri.

Confío en que en este caso la SFCCE trate el tema con la delicadeza que se merece. Espero sinceramente que busquen soluciones alternativas en las que no paguen quienes no han tenido culpa de una imprudente tolerancia en la concesión de licencias por parte de quien haya correspondido. Pero, sobre todo, exijo que no lapiden de un plumazo

un pedazo de nuestra historia, que no cierren la puerta a las gestas del **Duque**, o de **Nacho Escario**, o a las temporadas de Sanlúcar, de Pineda, del cierre infinito cuando los guardias sujetábamos los pedazos de lo que quedaba de afición. Porque eso es lo que somos, afición.



Llegada entre jockeys aficionados en La Zarzuela.